



**RAGNAR
JONASSON**

**LA SOMBRA
DEL MIEDO**



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Ragnar Jónasson

La sombra del miedo

Traducción del islandés por
Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez

Título original: *Snjóblind*

© Ragnar Jónasson, 2010

Publicado de acuerdo con Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

© por la traducción, Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Mapas: Ólafur Valsson

Este libro se ha traducido con la ayuda de:



ICELANDIC LITERATURE CENTER

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-322-3561-0

Depósito legal: B. 18.414-2019

Composición: Realización Planeta

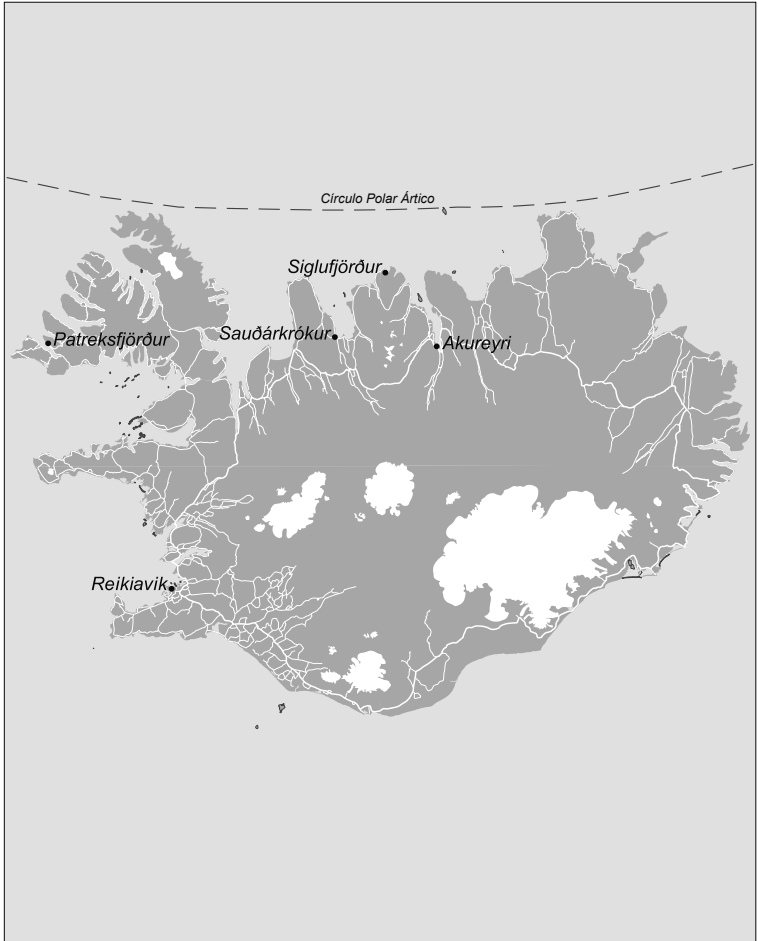
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



SIGLUFJÖRÐUR



PRÓLOGO

Siglufjörður

Miércoles, 14 de enero de 2009

El color rojo era como un penetrante grito en el silencio.

El suelo estaba cubierto de nieve, y era tan blanca que casi lograba imponerse a la oscuridad de esa noche. Pura y celestial. Había nevado desde primera hora: copos grandes y pesados, que caían majestuosos sobre la tierra. A las siete de la tarde paró y no había vuelto a nevar.

Apenas se veía a gente en la calle. La mayoría de los habitantes del pueblo estaban metidos en casa y se conformaban con observar el tiempo a través de las ventanas. Aunque posiblemente algunos habían decidido quedarse en casa después de la muerte en la compañía de teatro. Los rumores se propagaban con

rapidez y el ambiente se estaba volviendo opresivo, pese a la calma aparente del pueblo. Un ave en su vuelo no habría notado nada fuera de lo normal; no habría podido sentir la tensión en el aire, la incertidumbre, ni siquiera el temor; no hasta sobrevolar ese pequeño jardín trasero en el centro del pueblo.

Los gruesos árboles que rodeaban el jardín lucían su más bello atuendo invernal. En la oscuridad podían adoptar formas aterradoras, pero en ese instante recordaban más a payasos que a monstruos, blancos como estaban de la raíz a la copa, con un aspecto ligero, aun cuando algunas de sus ramas apenas soportaran el peso de la nieve.

Una luz acogedora emanaba de las casas, y las farolas iluminaban las calles principales. A pesar de lo avanzado de la hora, el jardín trasero no estaba a oscuras.

Esa noche el blanco cubría casi por entero las montañas que protegían el pueblo, aunque daba la impresión de que en los últimos días habían fracasado por completo en su cometido. Algo extraño, amenazante, se había colado en su interior. Algo que había permanecido más o menos oculto; hasta esa noche.

Se hallaba tirada en medio del jardín como un ángel de nieve.

Desde lejos parecía tranquila.

Tenía los brazos extendidos. Llevaba unos vaqueros azules desgastados y estaba desnuda de cintura para arriba. Su pelo largo dibujaba una corona en la nieve.

*La nieve, que no debería estar tan roja.
Un pequeño charco de sangre se había formado
junto a su cuerpo.*

*Su piel palidecía, adoptando el terrorífico color
de la nieve, como para crear un contraste con ese rojo
tan hiriente.*

Los labios, amoratados. La respiración, agitada.

Los ojos, todavía abiertos.

Se diría que miraban el cielo oscuro.

Y entonces, de repente, se cerraron.

CAPÍTULO 1

Reikiavik

Primavera de 2008

Aún había luz fuera, aunque faltaba poco para la medianoche. Los días se hacían cada vez más largos. En esa época del año daba la impresión de que cada nuevo día, más luminoso que el anterior, traía consigo la esperanza de tiempos mejores. Y luminosa era la vida de Ari Thór Arason. Su novia Kristín por fin se había mudado a vivir con él a su pequeño piso de la calle Öldugata, pero a esas alturas era sólo una formalidad. En cualquier caso ya pasaba allí casi todas las noches, salvo quizá justo antes de algún examen, cuando prefería quedarse estudiando —a menudo hasta altas horas de la madrugada— en el ambiente tranquilo y silencioso de casa de sus padres.

Kristín entró en el dormitorio, recién salida de la ducha, con una toalla alrededor de la cintura.

—Dios, estoy molida; a veces no entiendo por qué elegí la maldita Medicina.

Ari Thór miró hacia atrás, sentado ante el pequeño escritorio que había en la alcoba.

—Vas a ser una doctora fantástica.

Ella se tumbó en la cama, encima del edredón, y se estiró. Su pelo rubio era como un halo sobre la funda del cobertor.

«Como un ángel», pensó Ari Thór, mientras la veía estirar los brazos para luego bajarlos suavemente hacia los costados.

«Como un ángel de nieve.»

—Gracias, amor. Y tú vas a ser un poli fantástico —dijo, y añadió—: Pero antes deberías haber acabado Teología.

Lo sabía de sobra; no necesitaba que se lo dijese.

Primero fue Filosofía, pero se cansó; luego Teología. También se cansó de esto y se apuntó a la Academia de Policía. Ari Thór nunca había conseguido echar raíces firmes, siempre buscaba algo original, algo excitante. Seguramente optó por la Teología por puro desafío a no se sabe qué dios de cuya inexistencia no tenía la menor duda. Dios le había arrebatado una infancia normal a los trece años, cuando su madre murió y su padre se esfumó sin dejar rastro. Hasta que conoció a Kristín y resolvió por fin el misterio de la desaparición de

su padre, dos años atrás, no había logrado cierta serenidad. Y fue entonces cuando se le metió en la cabeza ingresar en la Academia de Policía. Sin duda sería mejor agente que pastor. También estaría en mejor forma. Tenía las espaldas más robustas que nunca; hacía pesas, nadaba y corría; no se sentía tan bien cuando se quedaba sentado día y noche con los textos de Teología en el regazo.

—Sí, ya lo sé —contestó algo molesto—. No he dejado Teología, sólo me he tomado un descanso.

—De todos modos, deberías ponerte las pilas y acabarlo mientras lo tengas fresco en la cabeza. Es muy difícil retomar el hilo después de uno o dos años —replicó ella.

Ari Thór sabía que en este caso no hablaba por propia experiencia. Kristín siempre acababa lo que empezaba. Aprobaba con suma facilidad examen tras examen; nada la detenía, y ahora estaba acabando el quinto de los seis años de la carrera de Medicina. Aun así, él no sentía envidia, sólo orgullo. Aunque no lo habían hablado, también se daba cuenta de que probablemente antes o después tendrían que trasladarse al extranjero, donde ella cursaría estudios de posgrado.

Kristín se colocó una almohada gruesa bajo la cabeza y dirigió la mirada hacia Ari Thór.

—¿No te parece incómodo tener la mesa de trabajo en el dormitorio? ¿Este piso no se está quedando demasiado pequeño?

—¿Pequeño? A mí me parece estupendo; de ninguna manera quiero moverme del centro.

—No, no. No hay prisa. —Se reclinó, hundiendo la cabeza en la almohada.

—En este piso cabemos bien los dos. —Ari Thór se levantó de la silla—. Sólo tenemos que tumbarnos muy pegaditos.

Se subió a gatas a la cama, le quitó la toalla, se puso encima de ella con cuidado y la besó con cariño. Ella le devolvió el beso agarrándolo de los hombros y atrayéndolo hacia sí.